

HONRAR LA NAVIDAD CON LOS CINCO SENTIDOS (CASTILLA, SIGLO XV)

'I will honour Christmas in my heart,
and try to keep it all the year.
I will live in the Past, the Present, and the Future'

Charles Dickens, *A Christmas Carol* (1843)

La Navidad, más que una celebración, es una forma de sentir el mundo. Cada año, cuando se acerca la fecha y la ciudad entera se prepara para recibirla, podemos verla, oírla, olerla, saborearla y hasta experimentarla en la piel mucho antes de que tenga lugar. ¿Acaso nunca hemos escuchado la frase “huele a Navidad” o “tiene sabor a Navidad”? En el norte o en el sur, esta festividad ocupa un sitio muy especial en el calendario y en el corazón de la cristiandad. Es un período de paz, de unión y de amor. Es el momento del año para pedir perdón y ser perdonado, dar sin esperar nada a cambio, compartir la mesa y agasajar a la familia y a los amigos, dejando cualquier diferencia de lado y, sobre todo, tener fe. Mucha fe, pues hay algo de magia en el aire y todo parece ser posible: es el milagro de la Navidad que nos invita a creer en la llegada de algo mejor.



**Martina Magali Diaz
Sammaroni**

GIEM

*Universidad Nacional de Mar
del Plata*

marti.diazsammaroni@gmail.com

He ahí su verdadero sentido: esperar con regocijo la venida del niño Jesús, el hijo de Dios. La esperanza, la luz al final del túnel que cada año saca al mundo de la oscuridad del pecado... o al menos así lo concebía la sociedad medieval. Si bien es cierto que la distancia temporal es notable, hay costumbres, tradiciones, recetas y prácticas que nos acercan y hermanan a aquella época pues, aunque la forma de la fiesta cambia, las estructuras y finalidades profundas permanecen y son, a menudo, insustituibles¹.

Las fiestas en general, como un *mirador privilegiado*², nos ofrecen la oportunidad de observar y comprender los aspectos más íntimos del universo económico, político, social, cultural, simbólico y sensorial de una determinada comunidad, permitiéndonos saber qué recursos se destinaban a su puesta en marcha, así como los móviles ideológicos, las creencias y los valores que las dirigían. Sobre esta base, utilizando el marco teórico-metodológico ofrecido por la Historia de los sentidos — perspectiva transdisciplinar que reúne los aportes de la Historia, así como de la Antropología y la Sociología — en el presente artículo nos pro-

1 M.A. Ladero Quesada, *Las fiestas en la Europa medieval*, Madrid, Dykinson, 2015, p. 13

2 *Ibidem*, p. 5

ponemos explorar la forma en la que los hombres y las mujeres medievales experimentaron la Navidad, haciendo particular hincapié en las celebraciones que tuvieron lugar en el reino de Castilla en la segunda mitad del siglo XV, durante el reinado de Enrique IV de Trastámara (1454-1474).

ORIGEN

En los primeros siglos, la Iglesia adaptó y sincronizó su agenda al ritmo de las estaciones y sus cambios, de manera de no romper la coherencia que había caracterizado el discurrir de la vida desde la Antigüedad. De este modo, diversos fenómenos astronómicos, como los equinoccios y solsticios, fueron erigidos como efemérides festivas de vital importancia³. Tal como lo ha expresado uno de los mayores especialistas en literatura latina y religión en la Antigua Roma, Jean Bayet, resulta apasionante reconocer en las festividades y en las costumbres cristianas, el calendario y hasta las tradiciones de las culturas clásicas⁴. Así pues, la Navidad se erigió sobre los cimientos de las fiestas saturnales romanas, que coincidían con el solsticio

“EN LOS PRIMEROS SIGLOS, LA IGLESIA ADAPTÓ Y SINCRONIZÓ SU AGENDA AL RITMO DE LAS ESTACIONES Y SUS CAMBIOS, DE MANERA DE NO ROMPER LA COHERENCIA QUE HABÍA CARACTERIZADO EL DISCURRIR DE LA VIDA DESDE LA ANTIGÜEDAD.”

³ R. Narbona Vizcaíno, *La ciudad y la fiesta: cultura de la representación en la sociedad medieval*, Madrid, Síntesis, 2017, p. 20

⁴ J. Bayet, *La Religión Romana: Historia, Política y Psicología*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1985, p. 294

de invierno, cuando tras la oscuridad del otoño, las jornadas comenzaban lentamente a alargarse y recuperaban horas de sol.

Las saturnales eran celebradas en honor a Saturno, dios de la agricultura y de la cosecha, durante los días 17 y 23 de diciembre, período en el que estaban exceptuadas las actividades públicas y privadas. Los hombres y las mujeres, tras la llegada del frío, concluían sus labores cotidianas y se retiraban a sus hogares para recibir o visitar a sus amigos y familiares, intercambiar regalos, ofrecer banquetes, disfrutar de juegos y espectáculos y abandonar los rangos de manera momentánea⁵. Sobre esta base, en la Edad Media, la Iglesia adoptó estas tradiciones y las resignificó, dotándolas de una profunda solemnidad y espiritualidad.

LA PREPARACIÓN DEL CUERPO Y DEL ALMA

La planificación para el gran evento comenzaba aproximadamente cuatro semanas antes, en lo que se conoce como período de *Adviento*, tiempo de espera, preparación y mortificación para recibir a Jesucristo⁶. En consecuencia, aquellos días eran vividos como una verdadera introducción al sen-

“LAS SATURNALES ERAN CELEBRADAS EN HONOR A SATURNO, DIOS DE LA AGRICULTURA Y DE LA COSECHA, DURANTE LOS DÍAS 17 Y 23 DE DICIEMBRE, PERÍODO EN EL QUE ESTABAN EXCEPTUADAS LAS ACTIVIDADES PÚBLICAS Y PRIVADAS.”

⁵ M. Beard; J. North; S. Price, S., *Religions of Rome: Volume 1, a history* (Vol. 1), Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 124

⁶ R. Narbona Vizcaíno, *ob.cit.*, p.26

tido de la Navidad y eran comunes las meditaciones, las prédicas, las peregrinaciones, las oraciones, el ayuno y las penitencias.

Por lo demás, para cumplir con la vida cristiana, la Iglesia propuso un modelo de normas mínimas que suponía, entre otras cosas, la obligación de asistir a misa durante las fiestas mayores establecidas⁷. En esta, el proceso de experiencia plena y completa de Cristo se realizaba por medio de la activación sensorial de los objetos litúrgicos⁸. Los oídos eran los primeros en involucrarse. Primero a través del tañido de las campanas que anunciaban el llamado a misa y luego para escuchar la palabra de Dios y seguir cada etapa de la ceremonia, prestando especial atención a las señales que habilitaban el despertar del tacto al indicar cuando había que persignarse, sentarse, arrodillarse o pararse. Asimismo, el gusto tenía una participación esencial ya que, en la Eucaristía, punto culmine de la misa, se recibía el cuerpo de Cristo (hostia) y se bebía su sangre (vino). Para completar la activación sensorial, restaba oler el perfume dulce del

7 J.M. Nieto Soria; S. Sancho, *La época medieval: Iglesia y cultura* (Vol. 186), Madrid, Istmo, 2002, p. 203

8 E. Palazzo, “L’activation sensorielle de l’art dans la liturgie au moyen age. Etat de la question et perspectives”, en: G. Rodríguez y G. Coronado Schwindt (Dir.), *Abordajes sensoriales del mundo medieval*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2017, p. 6

incienso: sólo así el sujeto terminaba por entrar a un lugar conectado con el cielo⁹. En efecto, desde los colores de las imágenes en los vitrales y la luz que reflejaban, hasta el canto del coro (simulando el de los ángeles) y el uso del incensario, todo estaba orientado a ofrecer una experiencia multisensorial única para quienes quisieran sentir la presencia de Dios en su cuerpo y alma.

SENTIR LA NAVIDAD EN TIEMPOS DE ENRIQUE IV

Enrique IV de Castilla fue el quinto monarca de la casa de Trastámara. Durante sus años al frente del reino (1454-1474) debió atender a conflictos endógenos — luchas y desavenencias con la nobleza recelosa de la progresiva concentración del poder en manos de la Corona — y exógenos, como la guerra contra los moros de Granada. Sumado a ello, sus contemporáneos lo acusaban de tener un carácter débil e influenciado, reflejado, entre otras cosas, en el hecho de nombrar personas de baja extracción social en cargos de gran importancia, como es el caso de Miguel Lucas de Iranzo, nombrado Condestable de Castilla en el año 1458.

“...DESDE LOS COLORES DE LAS IMÁGENES EN LOS VITRALES Y LA LUZ QUE REFLEJABAN, HASTA EL CANTO DEL CORO (SIMULANDO EL DE LOS ÁNGELES) Y EL USO DEL INCENSARIO, TODO ESTABA ORIENTADO A OFRECER UNA EXPERIENCIA MULTISENSORIAL ÚNICA PARA QUIENES QUISIERAN SENTIR LA PRESENCIA DE DIOS EN SU CUERPO Y ALMA.”

⁹ B. Caseau, “The Senses in Religion: Liturgy, Devotion and Deprivation”, en: R. Newhauser (Ed.), *A Cultural History of the Senses. In the Middle Ages*, London, Bloomsbury, 2014, p. 93



Retrato Miguel Lucas de Iranzo. Condestable de Castilla. Francisco Cerezo Moreno. Parador de Jaén.

Ahora bien, gracias a su cronista, Diego Enríquez del Castillo, sabemos que, a diferencia de sus antepasados, no era muy afecto a las manifestaciones festivas. Sin embargo, el festejo del nacimiento del hijo de Dios parece haber sido la excepción, pues esta época del año lo habilitaba a llevar adelante dos de sus actividades favoritas: la caza y el canto. En las ciudades de Madrid, Escalona, Ocaña o Sepúlveda, siempre que podía, salía a correr por los montes, enfrentándose a “[...] todo linage de animales y bestias fieras [...]”¹⁰. Además de este pasatiempo, como mencionamos más arriba, la música era otra de sus pasiones. Acompañado de la reina, así como de las personas más notables de cada ciudad, se deleitaba en los oficios devocionales.

En Escalona, la villa que otrora había pertenecido a Don Álvaro de Luna — quien fuera Condestable de Castilla y Maestre de la Orden de Santiago durante el reinado de Juan II (1418-1454) — acostumbraba a rodearse de Capellanes de gran autoridad, así como de *dulces* cantores para que le dijieran sus *Oras* cantadas. Según el cronista, “[...] estos eran en tanta cantidad, que ningun Emperador por Monarcha que fuese, podría traer mas

¹⁰ J.M. De Flores Barrera, *Cronica del rey D. Enrique el quarto de este nombre por su capellan y cronista Diego Enriquez del Castillo*, Madrid, Imprenta de D. Antonio de Sancha, 1787, p. 6

abtorizada Capilla con que sin duda resplandecía la grandeza de su Real estado”¹¹. Lo que es más, de acuerdo a los datos disponibles, sabemos que Enrique tenía un tono de voz *dulce* y proporcionado, que las melodías tristes eran sus preferidas y que contaba con la presencia de muchos músicos en su corte con quienes pasaba el rato. Por otra parte, es descrito como un hombre retraído, que tañía *dulcemente* el laúd y se amparaba en el sonido de otros instrumentos. De esta forma, podemos ver como el cronista advierte la indiscutida presencia del elemento sonoro en interacción con el sentido del gusto. Richard Newhauser ha destacado la “elasticidad” que subyacía a esta conexión, estrechamente vinculada con la divinidad. Lo que en términos generales podía ser el sabor de una comida o una bebida, durante el desarrollo de la liturgia lo “dulce” hacía referencia a todo aquello que proviniese del señor: “sweet is the Lord”¹².

Así como la asistencia a misa o salir a dar caza eran para el monarca las actividades preferidas de la época navideña — quizás por la sobriedad que lo caracterizaba — para Miguel Lucas de Iranzo lo fueron los festejos orquestados con gran pompa

“LO QUE EN TÉRMINOS
GENERALES PODÍA SER EL
SABOR DE UNA COMIDA
O UNA BEBIDA, DURANTE
EL DESARROLLO DE LA
LITURGIA LO 'DULCE' HA-
CÍA REFERENCIA A TODO
AQUELLO QUE PROVINIESE
DEL SEÑOR: 'SWEET IS THE
LORD'.”

11 *Ibidem*, p. 36

12 R. Newhauser, *A Cultural History of the Senses. In the Middle Ages*, London, Bloomsbury, 2014, p. 5

y boato. De acuerdo a ello, cada año mandaba a vestir su residencia con sedas y paños sofisticados traídos de lugares exóticos, al igual que ordenaba encender braseros grandes y medianos y colocar mesas para jugar a los dados.

En consecuencia, la experiencia sensorial comenzaba al entrar al palacio. Se podían ver y palpar las telas que cubrían los cuerpos y las cámaras, oler el dulzor y la frescura de las hierbas aromáticas que allí se esparcían, disfrutar de las melodías armónicas y acompasadas que marcaban los músicos con sus instrumentos, y sentir la calidez del fuego en la piel. El invierno se prestaba para ello, conducía a la aglomeración en los espacios cerrados y al disfrute del tiempo en comunión. Según la crónica, eran tantas las antorchas encendidas que la claridad hacía que pareciera de día¹³. La luz era importante, pues así se podía distinguir con mayor detalle la vajilla, con frecuencia de oro o plata u otras piedras preciosas, así como la vestimenta.

El evento propiciaba la oportunidad de usar las mejores ropas que se dispusiera. Las telas debían ser finas y sensibles al tacto y a la mirada¹⁴,

13 J. de M. Carriazo y Arroquia (Ed.), *Hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo*. Madrid, Marcial Pons, 2010, p. 70

14 D. Le Breton, *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*, Buenos Aires, Nueva visión, 2007, p. 54

pues cuanto más suaves y ricas en ornamentos y pedrería eran, más permitían vislumbrar la opulencia y superioridad de status de quienes podían acceder a ellas. Hombres y mujeres lucían finos trajes confeccionados con lienzos de oro, terciopelo y seda, que se complementaban con un vasto abanico de accesorios, que iba desde finos brocados diseñados para la ocasión, de color púrpura, escarlata, rojo, azul y negro, hasta sombreros con plumas, guantes y joyas, entre las que destacaban los anillos y collares hechos con gemas de exorbitante valor.

Por su parte, el banquete de Nochebuena era uno de los momentos más esperados y el cuerpo agradecía la mayor ingesta de calorías que la ocasión ameritaba. Don Miguel acostumbraba a hacer partícipe a todo el pueblo en él, lo que nos recuerda a los festines romanos en honor a Saturno, en los que, además de la familia y los amigos, eran bienvenidos los forasteros, los vecinos pobres y hasta los esclavos¹⁵. Una vez todos sentados a la mesa, lo primero que el comensal podía advertir era la profusión de platos, colores, olores y sabores: había que conquistar a los sentidos. Con ese objeto, los animales que se ofrecían como alimento se presen-

“...EL BANQUETE DE NOCHEBUENA ERA UNO DE LOS MOMENTOS MÁS ESPERADOS Y EL CUERPO AGRADECÍA LA MAYOR INGESTA DE CALORÍAS QUE LA OCASIÓN AMERITABA. DON MIGUEL ACOSTUMBRABA A HACER PARTÍCIPE A TODO EL PUEBLO EN ÉL, LO QUE NOS RECUERDA A LOS FESTINES ROMANOS EN HONOR A SATURNO...”

15 N. Fidalgo, “De las Saturnales a las Navidades”, *La Aventura de la historia*, 146, 2010, p. 68

taban enteros, acompañados de legumbres, sopas o *pottages*, frutas, verduras y flores¹⁶. Por lo general, en esa época del año era usual comer aves como los gansos, ocas u otras aves migratorias, acto que favorecía el buen tiempo y solicitaba su retorno.

Asimismo, la elección de la bebida se realizaba con sumo cuidado. Para sorprender a los presentes, se mandaban a traer los mejores vinos tintos y blancos que ofrecía el mercado. ¿Y el postre? Pues era algo que hoy nos resulta muy familiar: el roscón de Reyes. En ese tiempo éste encubría una curiosa sorpresa. En su interior tenía un haba seca y, quien primero la hallara, se convertía en el rey indiscutido de la velada, lo que le permitía dar las órdenes más disparatadas ¡Todo era risas y diversión! Luego de la buena comida, a medianoche todos los invitados acudían de forma masiva al templo a la Misa de Gallo, exultantes de alegría por la llegada del *Salvador* dando gritos, corriendo y danzando al son de los atabales, tamborinos, trompetas, chirimías y dulzainas.

16 G. Coronado Schwindt; M. Diaz Sammaroni, M., “Los cinco sentidos en escena”, *Arqueología, historia y viajes sobre el mundo medieval*, N°. 70, 2019, p. 24



Las ricas horas del duque de Berry, folio 1, verso: Enero. Museo Condé de Chantilly (Francia).

Por último, otra de las costumbres más características y anheladas eran las piezas teatrales que reconstruían el nacimiento de Cristo y la visita de los Reyes Magos, cuya ejecución invocaba una experiencia visual y sonora muy particular. Por ejemplo, en el año 1462, Don Miguel entró vestido, junto a otros dos jóvenes, con ropas muy elegantes y coronas en la cabeza, tomando con sus manos las copas y los presentes que le llevarían al niño Jesús. La fuente revela cómo se iban desplazando mirando una estrella que atravesaba la sala atada a un cordel que los guiaba hacia María y su hijo recién nacido, al que le ofrecieron los obsequios con un gran estruendo de trompetas, atabales y otros instrumentos.

De aquello se deduce que el paisaje sonoro, dirigido a reforzar el espíritu religioso de aquella festividad, debe haber sido bastante intenso. A este respecto, Mark Smith plantea la necesidad de distinguir entre la producción y el consumo de los sentidos. Por ejemplo, si bien hoy en día es posible reproducir un sonido del pasado, la forma en que entendamos esa experiencia sin dudas va a ser radicalmente diferente en su carga simbólica y semántica a como la decodificaron sus contemporáneos¹⁷. En la Edad Media, antes que la vista, era

“...OTRA DE LAS COSTUMBRES MÁS CARACTERÍSTICAS Y ANHELADAS ERAN LAS PIEZAS TEATRALES QUE RECONSTRUÍAN EL NACIMIENTO DE CRISTO Y LA VISITA DE LOS REYES MAGOS, CUYA EJECUCIÓN INVOCABA UNA EXPERIENCIA VISUAL Y SONORA MUY PARTICULAR.”

17 M. Smith, “Producing sense, consuming sense, making sense: perils and prospects for sensory history”, *Journal of Social History*, 2007, p. 841

el oído el que ordenaba la vida. Los cantos de diversos animales, las campanas y otros instrumentos podían informar el transcurrir de las horas, las etapas de la vida y las actividades diarias de los habitantes de una villa o ciudad¹⁸.



La Anunciación. Fra Angélico. Museo del Prado (detalle).

18 G. Coronado Schwindt, “El tiempo y sus sonidos. Castilla, siglos XV y XVI”, en: G. Rodríguez, G. Coronado Schwindt y É. Palazzo, *Paisajes sonoros medievales*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2019, p. 65

CONCLUSIÓN

“LOS HOMBRES Y LAS MUJERES MEDIEVALES DURANTE EL PERÍODO DE ADVIENTO PREPARABAN SU CUERPO, SU ALMA Y SU CORAZÓN DE ACUERDO AL CREDO RELIGIOSO, ASISTIENDO A MISA, ORANDO, REALIZANDO PENITENCIAS Y SACRIFICIOS Y ALISTANDO SUS HOGARES.”

Erigida entre el siglo IV y V d.C. sobre los cimientos de las Saturnales de la antigua Roma, la Navidad, esa época del año repleta de magia, calidez, jolgorio y regocijo, fue y continúa siendo la celebración favorita de una gran cantidad de personas. Los hombres y las mujeres medievales durante el período de Adviento preparaban su cuerpo, su alma y su corazón de acuerdo al credo religioso, asistiendo a misa, orando, realizando penitencias y sacrificios y alistando sus hogares. La espera terminaba con el festejo de Nochebuena, cuando, luego del gran banquete, todos y todas colmaban las calles y con gran estruendo se dirigían al templo a recibir la Misa de Gallo. A las doce en punto se tañían las campanas y la felicidad era completa: el hijo de Dios, aquella persona que llegaría al mundo para salvarnos del pecado, había nacido. ¡Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres!

Las fiestas habilitaban el goce de los sentidos y los excesos. En el reino de Castilla en el siglo XV, tanto Enrique IV como el Condestable Miguel Lucas de Iranzo ansiaban su puesta en marcha. Los espacios eran acondicionados y decorados al detalle con ornamentos y telas refinadas, la vestimenta se elegía y confeccionaba con días de antelación, se compraban especias, hierbas y alimentos exóticos y

se mandaban a traer músicos, cantores y otros artistas de lugares lejanos. Todos eran bienvenidos sin importar las diferencias de origen o status social. Por unos días reinaba la paz, el descanso de las actividades cotidianas y la alegría de vivir y compartir. Hoy en día, aunque parecemos haber olvidado el verdadero sentido de esta festividad, el espíritu sigue vivo en las costumbres y tradiciones, como agasajar a los amigos y a la familia con comida, bebida y obsequios. En el norte al calor del fuego, mirando por la ventana la nieve caer con una generosa tasa de chocolate en la mano. En el sur, con el sol que nos abraza y nos invita a respirar aire fresco y disfrutar de los espacios abiertos. A unos y a otros, ¡feliz Navidad!